

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El artista adolescente que confundía el mundo con un cómic



LITERATURA RANDOM HOUSE

El artista adolescente que confundía el mundo con un cómic

Sergio González

Rodríguez

*El artista adolescente
que confundía el mundo
con un cómic*

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN

megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleermex](#)



[@megustaleermex](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1, 2, 3, 4

Esta historia debería comenzar con un pasajero anónimo en el aeropuerto. Una panorámica vista desde lo alto del ala de un amplio edificio de estructuras y trama gigantescas, muros de cristal y módulos interiores de apariencia ingravida. Se impone un acercamiento visual cada vez más acentuado de tres fases. El pasajero, de estatura y edad medianas, vestido con una gabardina beige sobre ropa negra, se halla boleto en mano frente a un mostrador de línea aérea, su perfil tenso, la tez blanca, el cabello lacio y oscuro, los rasgos afilados, ante el voceo de una voz femenina y gangosa que anuncia la salida de los vuelos transcontinentales: palabras que flotan en el aire rodeadas de un halo vibrátil. El pasajero debe concentrarse en la rutina burocrática de quienes atraviesan los océanos; se le observa ensimismado (podría llevar encima de su cabeza una nube con un dibujo abstracto) y se le escapa el aroma de la canela sobre una taza de capuchino en una cafetería cercana, sólo evocable mediante una ondulación humeante encima de la taza. Y se muestra ajeno también a lo que acontece alrededor: el nerviosismo de la recién casada que instruye a su marido para que guarde, de inmediato, los billetes de libras esterlinas en el bolsillo especial que anuda a su cintura. Al pasajero se le escapa asimismo el llanto de un par de niños que, un poco más allá, esperan viajar con un amigo de la familia y extrañan a sus padres (se debe plantar a un lado la silueta de una pareja cuyas lágrimas distantes llenan las paredes

de un cuarto en una ciudad de provincias, e imaginar, pues es difícil incluir tanto en un solo cuadro, que se quedaron allá a rematar sus escasas pertenencias antes de migrar a un país del norte en busca de trabajo).

Esta historia debería comenzar también con la alusión a la actividad frenética del aeropuerto, las acciones simultáneas que sólo pueden presentarse aquí en forma sucesiva: el vislumbre al exterior del aeropuerto, a los taxis que llevan y traen a los viajeros, y al ritmo marcial, pero a la vez inconexo, con el que la gente se conduce por los largos pasillos de los aeropuertos, la mirada somnolienta en unos, en otros insomne. Autómatas de un dinamismo que los rebasa y que encarna en los vigilantes discretos en los pasillos, o en las salas de control de ellos frente a decenas de monitores con el registro de las cámaras televisoras, orden de la vida nómada (debe advertirse allí la injerencia sutil u obvia del control de los pasajeros bajo los sistemas minuciosos del edificio).

El edificio, en su contemporaneidad a ultranza, parece pensar en voz alta para todos los viajeros e inscribir en su memoria, impuesta letra tras letra sobre los actos de la multitud: dediquen un momento a recordar cómo ha cambiado la costumbre de viajar, o de adoptar otro país; mediten sobre el reino de los que se desplazan y dejan atrás la serenidad sedentaria, y comparen el presente con lo que nuestros abuelos vivieron acerca de la experiencia de viajar.

Transición retrospectiva: aquel mundo se reducía a la lenta fluidez de un barco y sus vaivenes en la borda, hombres y mujeres con sombrero, algún bastón, saludos corteses, sillones y frazadas, flotadores anulares y claraboyas en los muros, té caliente en algunas manos y el viento salado en los rostros que traía consigo al horizonte unas nubes espirales, grises, negras, violetas en un minuto peligroso que se extinguía al amanecer color naranja y, luego, la luz del

sol restallante contra los bostezos. O, en tierra, el tren que con su silbato agudo y su traqueteo metálico en expansión por la campiña hacía creer que el corazón de cada quien era sólo uno más de sus engranes, la cauda de vapor blanco arriba del paisaje en disipación tenue y melancólica.

Acotación introspectiva del viajero: así cambió poco a poco el trazo de las sombras de quienes viajan. De ser oscilante en el trayecto marítimo, pasó a ser cadencioso y trepidante en el viaje terrestre. Con los aviones, terminaría por ser vertical-horizontal y apacible: el vuelo supersónico es un impulso rectilíneo que hiende el cielo del planeta desde una estabilidad interior. Ahora, un viajero se convierte en un vertiginoso rayón en la inmensidad que resuenan los mares, los ríos, las montañas, las ciudades. Una toma aeroespacial podría situar en un mapamundi la ciudad del aeropuerto y ubicar éste hasta visualizar el momento y sitio en que el pasajero anónimo se detiene frente a un mostrador. Tal pasajero es sólo un ejemplo: un esbozo, un principio de imaginación semejante a los primeros cuadros de una novela gráfica que tratase el tema del viajero global. Una escena de inducción a la lectura de estas páginas.

Esta historia, que es la de Dano y sus derivaciones erráticas, debería comenzar con una complicada evocación de la rapidez y las múltiples lenguas, de los rostros divergentes inmersos en su placer impersonal, o de las reflexiones que sacian los intereses de los historiadores (mera vocación funeraria). Pero la de Dano es una historia que poco tiene que ver con las piedras, los monumentos y los documentos. Ni siquiera evocaría como materia afín a él la caligrafía o los registros dactilográficos, aunque por ellos atravesase y sirvan de hecho para relatar su historia. Habría que pensar más bien en la sangre, y menos en la sangre real que en la simbólica, porque de lo contrario daría la impresión equivocada de que la violencia es lo único que predomina en su his-

toria. No, quizá lo correcto sería decir que lo que Dano vivió delata aquellos actos en los que la fragilidad y el azoro, el entusiasmo y el miedo pueden construir un modelo y un temperamento específicos de asumir el sentimiento triunfal por excelencia en las personas: la venganza. Suena truculento. Y lo es. Antes de aventurarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas, dice la sentencia milenaria. ¿Cómo reducir todo lo anterior a trazos gruesos o finos, a colores sobrios o llamativos, a bocetos y cuadros aislados o secuenciales por muy elaborados que estos sean con el fin de construir un relato? Ésa fue siempre mi discusión con Dano, que creía que el cómic es un arte integral y superior a la literatura. Por el contrario, he defendido una y otra vez ante él y ante otros la exacta ecuación entre el lenguaje y el pensamiento escritos. Parece mentira que aún haya gente como nosotros que polemiza acerca de tales temas.

Debo expresar palabra por palabra lo que creo al margen del arte de las figuritas y las onomatopeyas: la venganza, por muy triunfal que sea, está lejos de ser gratificante. Ni siquiera en los perversos. La gran mayoría de las veces, la venganza se vuelca en lo contrario. En la incierta percepción del fracaso absoluto, si bien apenas es permisible por salud intelectual hablar de absolutos, que todo lo arruinan con sus ansias de eternidad. Se puede categorizar, a secas, que el fracaso sin ser grato abre la puerta a los entendimientos generosos y, al final, hasta a las conclusiones en las que el escepticismo y la ligereza se unen para construir un estado de gracia que encubre la sordidez de las faltas, de los crímenes, de las mezquindades. Lo raro de todo esto, y que vale la pena destacar, no es tanto su existencia, ya que está en todos los siglos y en todas las épocas, sino que a veces, y esto es lo que puede darle a la historia de Dano un interés adicional, lo experimentado por él ocurrió cuando

era joven. De hecho, lo vivió casi en su adolescencia o al salir de los años mozos, que dirían los castizos.

En estos tiempos nadie ofrece un centavo por los castizos —yo menos que nadie—, amantes de la pureza y la rigidez escultórica en el lenguaje. De pronto, se me ha ocurrido usar tal expresión a fuerza de tener cerca de mí la estantería de los diccionarios. La cercanía es la causa de muchos males. Si tuviera próximos los estantes de las novelas quizá me habría referido a los autores de novelas de caballerías y sus sueños de lanza, divisa y epopeya. Y si me refugiara al lado de los libros de cocina, en este sillón que chirría al mínimo temblor de mis piernas a pesar de que lo aceito cada semana, habría aludido a los gastrónomos, que degustan el arte efímero del paladar. Nada es azaroso. Hubo un tiempo en el que creí que cada quien elaboraba su propia existencia. Todos tenemos derecho a ser estúpidos. Y yo me he arrogado el derecho de medir la estupidez, la de los demás y la mía en particular.

Conforme pasa el tiempo me doy cuenta del telar que concita a unos y otros y me parece la cosa más obvia. Claro está, luce obvia si para salvarnos tendemos a recortar un aislamiento de aquello que nos atrae o nos preocupa. Dano diría: hay que delimitar el cuadro de las acciones que interesan. La cucaracha que atraviesa ahora por la superficie de mi escritorio debe saberlo mejor que yo. Sus tenues patas pisan la superficie del cristal y ella nada tiene que ver con lo que el cristal resguarda debajo: una serie de recortes de periódicos amarillentos y papeles que consignan noticias de ayer que tuvieron gran sentido para mí y que ahora han perdido su importancia a mis ojos. Ya se sabe el lugar común: el tiempo es olvido excepto para la cucaracha, que vive en tres tiempos (reducibles a sendos cuadros): nacer, reproducirse y morir.

En aquellos recortes, huellas impresas para la hemeroteca o los recuerdos, se leen vagos reportes policíacos. Cada mañana me siento aquí, después de sacudir un poco el polvo, y limpio con un trapo húmedo el círculo de la taza del café que avispa mis reflejos. Después de hojear el diario y sus llamados desesperados a convencernos de que lo de hoy resulta de una urgencia suprema, espero que lleguen las primeras visitas del día. Como aconteció con Dano.

Y apunto visitas porque clientes cada vez llegan menos a esta librería que atiende por mera costumbre. Los libros de ocasión que aquí se expenden, como reza el rótulo a un lado de la puerta, han dejado de interesar a las personas. De hecho, la poca gente que se atreve a entrar o interpelarme desde la acera pregunta por una calle, o un domicilio, o de cuando en cuando una madre de familia busca libros de texto que no suelo tener entre las estanterías. Esta tienda de libros, que es su verdadera naturaleza, sólo convoca a profesores distraídos o a jóvenes que urden fantasías en cuanto ven una accesoria como ésta: un refugio de misterios inexistentes. De ilusiones que se hurtan a los padres o a las madres y sirven para encontrar las propias manías.

Siento que algo semejante aconteció con Dano la primera vez que entró por esta puerta, alto, esbelto. Su ropa era un garabato a la moda. El cabello a rape entornaba su rostro circular, la piel morena, los ojos un poco rasgados y vivos; entonces creí que los tenía muy pequeños, después ya no me lo pareció tanto. Las manos ágiles habrían sido estuendas para un músico, un guitarrista, un pianista. Hablaba y sus dedos gesticulaban, veloces y nerviosos. Tenía un aura ambigua. Con aura no quiero referirme por supuesto a ningún relumbre luminoso alrededor de su silueta, como el que alardean vislumbrar algunos creyentes o charlatanes. Con aura sugiero la impresión disímbola que cada persona

puede transmitir a los demás cuando los códigos sutiles se imponen por encima del desdén o la indiferencia.

La de Dano constituía un aura cuyos signos escapaban a lo visual para expresar un juego tan explícito de rasgos de carácter que casi daban ganas de reír. Por evidente no quiero decir obvio, pues he afirmado que el aura de Dano impresionaba por su ambigüedad. Cierta ternura que podía desdoblarse en fortaleza, y viceversa, la traducción de un peligro latente en su conducta. La timidez de los guerreros, o los cazadores solitarios.

Debo aclarar que la presencia de Dano poco tuvo que ver con los libros que me rodean. Nunca pude hacer que mantuviera su atención en una lectura extensa por mucho que me esmeré en hallar obras que yo juzgaba idóneas para su carácter. Ya dije que le fascinaban los libros de cómic. Vino aquí porque supo que yo, aparte de coleccionar libros y venderlos, de empolvarme la cabeza al pasar mi melena entrecana cerca de las estanterías de revistas que frecuentan las arañas, para sobrevivir tuve que abrir una suerte de gimnasio con Sam, un amigo mío instructor de artes marciales —así llamaba él a las chapuzas con las que atraía a los muchachos del barrio—, y me mostraba dispuesto a charlar sobre cualquier cosa.

Sam: antiguo guardia de un adinerado, mi amigo se había quedado sin trabajo al permanecer dormido en el automóvil de su jefe mientras a éste lo atracaban unos asaltantes en la puerta de un restaurante de lujo. Si no hubiera ido del brazo de su amante, una muchacha rubia que aspiraba a ser estrella de cine, su jefe lo hubiera perdonado de seguro. La rubia alardeaba, ante quien quisiera oírlo, que andaba con aquel vejete porque le daba "seguridad". Se vio decepcionada cuando, aparte de quitarle a su amante el reloj de oro, la billetera gruesa y las mancuernillas, a ella le arrancaron una cadena de oro que llevaba al cuello y su

bolso. Lo peor fue que uno de los ladrones, en el tráfigo, hurgó debajo de su falda para acariciarle los muslos mientras ella chillaba de rabia. La escena que siguió fue un rito compensatorio: el viejo humilló y despidió a gritos a mi amigo, que salió de una siesta por la tarde para entrar en una pesadilla tan oscura como el hambre y el abandono. Después de cumplir cuarenta años hallar empleo se vuelve imposible en tal oficio.

Sam vino a verme días después, la facha lastimosa, el traje negro abultado en los codos y las rodillas, las mejillas caídas, la mirada débil del miope que se apoyaba en unas ojeras profundas. Quería suicidarse, afirmó. Lo decía en serio. Le respondí que por mí lo hiciera, que nunca iba a tratar de disuadirlo, que estaba harto de escuchar la misma cantilena entre la gente de mi edad, que se hizo a imagen y semejanza de no sé qué obtusos pensadores que aplaudían el suicidio sin atreverse a cometerlo, y cuando llegaban a emprenderlo ya era demasiado tarde. Si lo hubieran hecho antes con éxito nos habrían ahorrado cientos si no miles de páginas plañideras y de falso heroísmo sobre la desgracia de haber nacido. Mi amigo, que está lejos de ser un hombre de ideas, y cuyo máximo esfuerzo intelectual en la vida fue redactar un manual de defensa personal que le permitió establecer su primer contrato como guardia, tuvo un golpe de ingenio y supo que podría ocuparse en alguna otra tarea para ganarse la vida.

Aquella mañana, luego de tratar de llorar sin derramar ni una lágrima, Sam respondió a unas pocas preguntas que le hice acerca de su posible futuro. Concluimos que podía enseñar a quien se dejara algunos rudimentos de defensa personal. Ofrecí rentarle el entrepiso en el que pernocto, arriba de esta tienda. Fue cuando me dijo que si él podía encargarse de enseñar algunos golpes y movimientos defensivos, yo podría impartir a los alumnos alguna clase de

filosofía, eso dijo, y yo me reí a carcajadas que interrumpieron su solicitud titubeante hasta que logré controlarme; para que los cursos tuvieran algo de dignidad, remató. Empleó esta última palabra con tal énfasis, el de un hombre en desgracia que necesita compañía, que callé mi burla, y terminé por aceptar su trato. Quizá sea una flaqueza de mi ánimo, pero cada vez que escucho tales letras en su orden, me pongo meditabundo. Más aún cuando las expresa una persona en desgracia. Será porque siempre me ha tenido sin cuidado ser digno, y ahora no pienso entrar en una carrera profesional para aprender el significado de la palabra "dignidad".

Esto me devuelve a Dano, a su aspecto, para dejar atrás cualquier aroma misterioso de flores de cementerio que se esconde en aquello del "aura". Sí: emitía un aire de dignidad, extraño en una persona tan joven. Los jóvenes pueden ser muchas cosas, pero casi nunca comunican dignidad, ni siquiera cuando se las gastan de cruzados de causas nobles. Tienen algo de farsantes, de mercachifles del oportunismo de la hora, de buscones de su gajo de posteridad prematura en campañas gregarias. Si al menos fueran individualistas a ultranza, serían mejores. Caricaturas de cómic primario. Dano quizá posee una copia de la llave de la sala de la dignidad. Subrayo que ésta es una corazonada. Por desgracia, la prueba de ser digno la da el tiempo y no basta serlo una vez para hacerse de una fama vitalicia. Estoy de nuevo en el territorio de la ambigüedad. En su territorio. A pocas personas les agrada la ambigüedad; a mí me fascina porque al final tampoco la entiendo.

Al principio anotaba que la historia de Dano debería comenzar en un aeropuerto. Si he hablado de otras cosas ha sido obedeciendo a un cálculo mío que asocio con esta idea: imaginemos a un piloto de un avión civil que despegua y aterriza en media docena de ciudades cada semana. Para

él, el acto de manejar un avión consiste en un conjunto de procedimientos que aprendió en la academia y debe reproducir una y otra vez mientras su carnet de piloto se lo permita. De vez en cuando se atraviesa una contingencia, casi nunca un accidente. Sobrevivir a un accidente aéreo, puede ser peor que morir, lo sé. La experiencia acumulada por el piloto sirve para reafirmar lo aprendido. Su visión desde arriba es muy distinta de la de quienes sólo vemos el mundo a ras del suelo. Su pensamiento puede compararse con una gran sala de mapas, diagramas, triangulaciones, combinaciones y variables de dimensiones macrocéntricas. Su atención a los instrumentos en vuelo casi siempre le impide, salvo como mirada de reojo, atender los alrededores.

Desde luego que el piloto sabe distinguir algunos detalles de la orografía sobre la que transita; incluso lo hace para transmitirlo, como una cortesía, a los viajeros que conduce, allá el golfo de México, acá la península de Florida. Eso que ven a su derecha son los Alpes. O bien, al lado de aquel lago a su izquierda está la ciudad de Graz. Y abajo del banco de nubes apreciarán el canal de Panamá. Por su parte, el piloto que frecuenta determinados trayectos distingue los edificios, bajo las coordenadas del navegador, o los campos de sembradíos que anteceden los aeropuertos. Y observa en el horizonte la estela de otros aviones, los relámpagos de la tormenta que se avecina o el rasguño del meteorito en el atardecer carmesí.

Es posible que algún piloto haya distinguido, entre la multiplicidad de la vida que lo conforma y a la que sirve, el espejo en la azotea de una casa con el que juegan dos o tres niños un mediodía que se perderá en su memoria, excepto que alguna vez él mismo haya acertado a jugar algo semejante treinta o cuarenta años atrás. El llamado de la extrañeza. El momento en el que, sin quererlo, un giro, un gesto, una ocurrencia, se muestran como el aviso del por-

venir y al que nos rendimos sin casi darnos cuenta de que, al paso del tiempo, será el episodio que explique algún acto nuestro, o acaso nuestra vida entera. Y no cabe en tal juego otra certeza que la de una catástrofe inminente. Cuando lo decisivo se entrecruza con lo prematuro, surge una chispa que hace excepcional una circunstancia. O un conjunto de ellas.

En esto pienso cada vez que me pongo a recordar a Dano y su historia, quien se acercó aquí porque atendió un volante, un pedazo de papel en el que, con mala y seductora tipografía pegada en un poste, o en un muro, o en una cabina telefónica, mi amigo Sam anunciaba sus cursos de artes marciales y “fundamentos de filosofía”. Así de vago sonaba aquello. Al principio pensé que todo quedaría como una broma y que, al fracasar la convocatoria —¿quién podría ser cautivado por la extravagante fórmula?—, acabaría por compartir con Sam mis mínimas ganancias para mantenerlo como si fuera un hermano carnal en desgracia. Me sorprendí al ver que poco a poco se aproximaban a nosotros los que serían nuestros alumnos, muchachos en su mayoría, algún profesor joven deseoso de aprender novedades, un par de jubilados. La tribu que produce las calles y que es el laboratorio de las revueltas urbanas, la clientela de los criminales en conjura, o la grey de una nueva creencia dispuesta a cambiar la sociedad en nombre de quién sabe qué manejo carismático.

La víspera del primer día de clases estaba aún sin saber de qué demonios hablaría yo con los alumnos. La noche anterior había buscado en los estantes de libros deportivos unos manuales de artes marciales que llegué a comprar años atrás cuando me ilusioné con la idea de aprender a moderar mi consumo de vino y cerveza mediante la práctica de movimientos chinos de pies y brazos que, realizados con extrema lentitud, buscaban establecer un equilibrio

con el universo y llevaban nombres como "pisada de gato de tres patas", "cresta del gallo", "sobresalto de la serpiente helada", "arroyo del cisne nocturno" y cosas así.

En la portada de un libro editado en China y traducido a un castellano de diccionario anacrónico, se reproducía la fotografía de un anciano de largas barbas y miembros delgados que tensaba los brazos y las manos abiertas en una actitud de ataque. Alrededor de él se apretujaba hombro con hombro una multitud de jóvenes chinos que, boquiabiertos, parecían atender las proezas corporales del anciano maestro, vestido con pantalones y camisa de seda holgados y negros y unas sandalias. Ahora recuerdo que los espectadores tenían la mirada de Dano. Leí una y otra vez las instrucciones del libro y observé los modestos dibujos que ilustraban los movimientos por realizar. La introducción del libro imponía breves y contundentes sentencias de sabiduría milenaria acerca de la Vía y el destino individual, la comprensión de la metamorfosis permanente de la creación, la observación de lo aparente para calar en el tejido de las cosas. Saber detectar las fisuras de lo que sucederá, en el devenir continuo de los acontecimientos.

De pronto me di cuenta de que por mucho que estudiara dichos preceptos apenas vislumbraría algunas generalidades porque se me imponía la gran muralla de la civilización al otro lado del planeta. La única edificación humana que se ve desde el espacio cósmico. ¿El sol tenía otro significado para mí, por ejemplo? ¿El rocío en las mañanas y el flujo del agua en la tierra serían distintos y a la vez iguales aquí y allá? Tenía que aprender a descifrar la diferencia en la similitud. Decidí que, aparte de recuperar mi propia experiencia e intuición para los alumnos, debía añadir algunas enseñanzas más cercanas. Pasé entonces al estante de los libros de historia y antropología y me costó trabajo encontrar un breve libro en el que se resumía cierta sabiduría in-